



Al son del Bolero de Ravel

(Un modelo que agoniza, una esperanza que resucita)

Algún perspicaz observador calificó al Bolero de Ravel -escrito en 1928 por el francés Maurice Ravel- de "danza macabra". Apareció a fines de la década de 1920 cuando el mundo -Europa y Estados Unidos como sus representantes más conspicuos- parecía danzar alrededor de su propia hoguera macabra, encendida por la feroz crisis financiera mundial que desestabilizaba todo cuanto los hombres de aquel tiempo creían seguro y estable, aunque la crisis del dinero era sólo la muestra crematística de la crisis de la misma humanidad: era el propio estatuto de la persona el que tambaleaba sobre unos cimientos -unas ideas, unos principios, unos valores- que se desmoronaban sin retorno. Hoy, a poco menos de un siglo, la caída en picada de la economía de los Estados Unidos, el gran imperio del Norte, y con ella los ecos globalizados en el concierto de naciones, vuelve a reproducir los sonos de aquella danza que -en su versión orquestada- repite obsesivamente el do mayor, en acorde reiterativo y acompasado, y crece *in extremis* a mi mayor para dar una coda estruendosa, un final de muerte que marcará el éxito mundial del Bolero de Ravel, considerado por los críticos un exponente único de la música del siglo XX. ¿Sería su lúdica parodia de la realidad la clave de su éxito?

Como escribiera el pensador peruano Alberto Wagner de Reyna en 2001, con ocasión del atentado terrorista a las Torres Gemelas (las emblemáticas Twin Towers de New York, el corazón mismo del poder financiero mundial hasta hace pocos años): "Estamos bailando desde hace años el Bolero de Ravel, que comienza quedo, va creciendo rítmicamente y termina en el momento que llega a la culminación de su fuerza y sonoridad. El posterior golpe triunfal de pandereta en su aullido de muerte. Pero esta música de danza supone bailarines. ¡Claro que sí! Nos encontramos -vibrando al son de arrebatadoras notas- en un baile de máscaras. En él, todos los concurrentes, los ejecutantes, los mirones, hasta los mozos y las chicas del guardarropa, todos llevan caretas, a veces varias caretas y aún caretas de caretas. ¿Qué

otra cosa son acaso los eufemismos, las versiones oficiales, las campañas de desinformación, las reservas mentales, las cortesías, las coimas por debajo y las discusiones por lo alto, las fintas de franqueza y los silencios culposos? Los bailarines se agitan porque representan (en el doble sentido de 'fingir' y 'personificar') la agitación, cuando en verdad no saben de qué se trata y encargan a un portavoz lo que quieren callar"¹. Nuestra parodia actual consiste en danzar en un baile de máscaras donde nadie puede mostrar su rostro verdadero ni evitar ser engañado; lo único que tenemos por cierto es que en esta mascarada hemos elegido como portavoz de la humanidad a un ente singular: el dios mercado.

Bien decimos 'el dios mercado', porque no se trata de demonizar al mercado en sí mismo -coexistente a la historia del hombre e intrínsecamente necesario a la existencia de la sociedad- sino de advertir el *ethos* en el que funciona, el modo hecho costumbre en que la humanidad lo ha ensalzado desde la vigencia planetaria del modelo neoliberal hasta engendrar su absolutismo o sacralización -contenidos virtualmente en este paradigma-, lo que bien podríamos denominar 'fundamentalismo de mercado' o 'pneconomicismo'. No por nada el famoso Consenso de Washington de 1989² consagró formalmente la receta neoliberal como panacea a todos los males económicos, el mismo año en que, paradójicamente, la caída del Muro de Berlín representaba la derrota histórica del comunismo y de sus ideologías satélites. Fue ése el momento en que Francis Fukuyama proclamaba 'el fin de la historia'³, lo que equivalía a anunciar el triunfo definitivo de la ideología neoliberal como estatuto ideal para los seres humanos, es decir, como la única política económica que conduciría al desarrollo de las naciones y al bienestar de los pueblos. Nada de lo anunciado como 'receta genial' resultó, ni siquiera para los pocos popes mundiales del dinero, y el fracaso del modelo comienza a estar a la vista de todos, fracaso que en realidad encierra la mentira y el engaño carentes de inocencia, encubiertos por la gran mascarada global: no sólo el hecho patente de que las grandes mayorías quedan exclui-

1 Wagner de Reyna, A.: *El privilegio de ser latinoamericano*. Ed. Alejandro Korn, Córdoba, 2002, pp. 35-36.

2 Acuñado por John Williamson, afamado investigador del Instituto de Economía Internacional con sede en Washington.

3 Cfr. Fukuyama, F.: *El fin de la historia y el último hombre*. Ed. Planeta, Madrid, 1992.

das del crecimiento económico y que el abismo de la desigualdad entre ricos y pobres se ha afianzado con visos alarmantes en estos últimos veinte años, sino que los mismos ejecutantes del sistema han terminado ahogados en su propia trampa especulativa, quedando virtualmente desenmascarados ante el mundo. He aquí que ya no hay más excusas válidas para seguir bailando al son del Bolero de Ravel.

“Jesús les dijo: ‘Todavía, por un poco de tiempo, está la luz entre vosotros. Caminad mientras tenéis la luz, para que no os sorprendan las tinieblas; el que camina en tinieblas, no sabe a dónde va. Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz’ ”⁴.

Es éste un tiempo de luz que no debe ser desperdiciado, un tiempo del fracaso de la mentira que sirve para construir el tiempo de la verdad y del bien, pues ambos deben ir de la mano: la verdad sin el bien está vacía y el bien sin la verdad es ciego, le cuesta caminar entre las tinieblas que oscurecen la mente y el corazón. Como aquellos ídolos que denunciaba Francis Bacon al comienzo de la modernidad, especialmente los *idola fori* (ídolos de la sociedad), los *idola specus* (ídolos de la educación y las costumbres) y los *idola theatri* (ídolos de las filosofías y los sistemas), esas “nociones falsas que han invadido la inteligencia humana, echando hondas raíces en ella”⁵. Así, cuántos hombres y mujeres de bien sobre la Tierra van a la deriva de sus vidas, desorientados y desesperanzados, por no saber caminar en el camino de la luz sino en el falso que le ha sido propuesto como verdadero. El auténtico camino del ser humano necesita ser transformado e iluminado por nuestras lámparas encendidas, las que encarnamos los hijos de la luz, que hemos sido escogidos para derribar falsos ídolos, para ser lazarillos de ciegos, para dar testimonio de que el camino ético es posible para la humanidad entera, para resucitar la esperanza del hombre común cansado de vivir en el actual estado de injusticia alimentado de mentiras y políticas de muerte que otros le imponen.

Es éste al cabo un tiempo de esperanza que, como afirmaba Gabriel Marcel en su magnífica ‘filosofía pascual’, “está siempre regido de hecho por una situación asimilable a un exilio o a una cautividad. Todos aquellos que han vivido la cautividad con una cierta profundidad han tenido el sentimiento de que les preparaba a llevar una vida reno-

vada, en la que recogerían los frutos espirituales de la prueba soportada”⁶. Tras tantos años cautivos del Bolero de Ravel, el son de la Esperanza puede ser nuevamente danzado⁷.

Inés Riego de Moine
Directora



4 Jn 12, 35-36.

5 Bacon, F.: *Novum Organum*, I 38-68.

6 Marcel, G.: *Homo viator. Prolegómenos a una metafísica de la esperanza*. Ed. Sígueme, Salamanca, 2005, p. 294.

7 Una muestra alentadora de esta nueva realidad es el revolucionario Plan Esperanza inspirado en el ‘humanismo económico’, plan lanzado para toda Latinoamérica desde el Centro de Investigaciones Económicas de Córdoba (CIEC), para cuyo conocimiento remito al artículo de Luis Eugenio Di Marco y a las Noticias sobre las IX Jornadas Nacionales del Plan Esperanza, ambos publicados en este mismo número de la Revista PERSONA.